

luntad del novelista, que, en este caso, cae con gloria en sus propias redes y es víctima de su rigor anterior y personal, al dotar a sus criaturas de esa bien trabada contextura espiritual que los predestina a determinadas actuaciones ineludibles.

La guerra española, examinada desde el infrecuente ángulo de la infancia y la retaguardia, aparece, no obstante, fijada con alusiones precisas y propias. Pero lo más importante, sin duda, es el planteamiento, la desmenuzación de los cuatro o cinco problemas fundamentales que aquejan al desarrollo del niño; problemas, si bien de raíz natural, hoy complicados con la dureza y las tergiversaciones de la época. Estos problemas —temperamentales, sexuales— están enfocados y resueltos o, mejor dicho, llevados a sus últimas consecuencias por Luca de Tena con entera franqueza, honestidad literaria y propósitos de fidelidad a lo sincero y a no caer en morbosidades que, dicho sea de paso, a veces se desprenden solas, en virtud de una situación objetivamente planteada.

La novela se divide en tres partes: Barbecho, Siembra, Recolección, respondiendo perfectamente al devenir del tiempo narrativo y la madurez de los personajes al simbolismo implícito. Cada uno, cada entrañable muchacho que sufre y goza en las páginas de "Edad prohibida" recolecciona al final lo que la vida o su propia voluntad, en pugna con la vida, pudieron o supieron sembrar en sus almas nuevas, en barbecho, según el símil del P. Usoz, a cargo del cual corre el juicio equilibrado y las máximas religiosas y humanas.

Por último, a las grandes cualidades periodísticas y de cronista histórico que distinguen a Torcuato Luca de Tena, se une ahora la de novelista encuadrado en una tradición clásica, ajena a desmesuramientos modernistas o morbosos y abierto, sin embargo, a todas las agudezas y tecnicismos aportados por tales movimientos literarios.

EDUARDO TIJERAS.

JUAN RAMON JIMENEZ Y PUERTO RICO

Cuando leemos las "Memorias" de un escritor es muy difícil que no nos veamos obligados a leer entre líneas una intención, mejor o peor lograda, de justificar su obra. De ese modo, tales autobiografías están escritas siempre *en función de ...*; en ese otro tipo de libros de *Mis conversaciones con ...*, cuyo paradigma pudiera ser el famoso libro de Eckermann, apenas encontramos mucho más que un centón para el que olímpicamente se han pronunciado unas frases destinadas a ser re-

cogidas con fervorosa fidelidad. El personaje, hombre ilustre por uno o varios conceptos, no se nos aparece *vivo* en medio de tantas palabras dichas por él. Lo habitual es que se nos aparezca estatuariamente, inmovilizado en una buscada monumentalidad (buscada por el hablante o por el trascríptor).

Pero he aquí que Ricardo Gullón ha publicado sus *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez* (primer volumen de la colección "Diálogos", editorial Taurus, Madrid, diciembre de 1958), libro en el que ambos tipos de obras se mezclan, y el resultado ha sido una lectura en la que el interés inicialmente suscitado por recibir nuevas lecciones del genial poeta se complace con una vivísima evocación de Juan Ramón, en el marco que encerró sus últimos años, la intimidad del hogar cuidado por Zenobia, la vida universitaria, las calles y jardines, las lecturas recientes y el poso de los recuerdos. Y también otros muchos personajes, referidos unas veces al que podríamos llamar protagonista, pero en otras ocasiones independientes de él, aunque nunca ajenos.

Esa mezcla no ha supuesto confusión, sino enriquecimiento. Por lo que tiene de transcripción de conversaciones, se ha librado de la egolatría imperante en las "memorias"; por lo que tiene de éstas, se ha librado de los riesgos que hemos señalado al otro tipo de libros.

Puerto Rico —esa isla cuyo solo nombre tiene no sé qué sacudimiento emotivo; más que Cuba, Méjico o la Argentina, por ejemplo— se nos ofrece en la entrañable andadura de unas páginas fervorosamente lúcidas, escenario sugerente, como entrevisto o soñado por nosotros al hilo de esta lectura. Un delicioso fondo sobre el que se van destacando figuras que ya nos eran conocidas y otras que no eran más que nombres, simples datos en la memoria, y van corporeizándose, en cierto modo, desde que Gullón nos hace asistir con ellos a una excursión, a una comida, a una tertulia, a un sencillo paseo por el campus de la Universidad puertorriqueña.

La preocupación por cuestiones poéticas y literarias no llega a lo obsesivo y apenas pasa de ser el hilo que ensarta doscientas páginas, que de otro modo podrían desgajarse, fragmentarse. Es decir, en el libro que comentamos hay tanta vida como literatura. O al revés, según sean los gustos del lector.

Por lo que a Juan Ramón respecta, el libro de Gullón arroja más luz que todos esos que han surgido a raíz de la concesión del Nobel y de la muerte del poeta. (La razón reside en el hecho de que éste fue honestamente pensado en vida del maestro, cuando respondía a la actualidad permanente de su categoría y no a la actualidad circunstancial provocada por la noticia del triunfo y por la muerte.) Se ha ido a la revisión, oída de labios del propio poeta, de su vida como tal, de

sus lecturas, del proceso de su intensa y fecunda creación poética, de sus interrelaciones con poetas españoles y extranjeros de todos los tiempos, ajuste de cuentas en algunos casos —pero sólo de “cuentas limpias”—, y esto quizá se debe a la cuidadosa discreción del autor en mayor medida de lo que él mismo indica: “Si no están todas las conversaciones, ni todas aparecen completas, la razón es sencilla: Juan Ramón me contó cosas de que no sería discreto informar al público. Algunas veces me habló de asuntos reservados; otras, de personas hacia las cuales sentía animadversión, calificándolas duramente, y no fue raro que en el curso de su charla abordara temas muy delicados. Sentía el poeta resquemores que le atormentaban con más violencia de lo normal y le hacían ser muy severo con personas en quienes sospechaba hostilidad; esa sospecha enconaba la herida y, a veces, convertía la minucia inicial en prueba, o al menos indicio, de grave mala voluntad contra él. Preferible silenciar reacciones y comentarios excesivos, pues su difusión, sobre lastimar a los interesados, no engrandecería la memoria del poeta.”

Para la fijación de los límites y consecuencias del modernismo, los juicios y las informaciones que Gullón recoge tienen extraordinaria importancia; sobre todo, serán imprescindibles en tanto que no podemos conocer los escritos de J. R. J. sobre este tema; escritos abundantes, al parecer, pero en su mayor parte en forma de apuntes, notas para sus clases de la Universidad de Puerto Rico, conferencias, etc.

Una cualidad más de este libro es la sabia alianza del fervor con la objetividad; gracias a eso, la visión que se nos da del poeta, en los últimos años de su vida, no es lineal, anquilosada por la preocupación apologética, sino cálidamente revividora. Es preciso insistir en esto, ya que es uno de los más honrados méritos de la obra de Gullón, de tanto valor éticamente como su renunciación a un fácil éxito de escándalo, para cuyo logro le hubiera bastado ser más fiel a la totalidad de las palabras del poeta que al poeta mismo.

La calidad literaria de este nuevo libro de Ricardo Gullón era sabida de antemano; la prosa de su autor es ya bien conocida de los lectores: ajustada, expresiva y tersa, con una tersura en la que se trasluce la meticulosa elaboración que acredita el máximo respeto a sí mismo y al lector.—ILDEFONSO MANUEL GIL.

POESIA DE GALICIA

Los últimos libros llegados a mi mesa en término de cuatro días coinciden en ser dialectales: los bellos volúmenes romanescos y la re-